

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 241

Sevilla—Sábado 19 de Octubre de 1901

AÑO XXV

La prensa y los toros

No vamos a oficiar de críticos ni de censores del espectáculo nacional, ni de la Asociación de la Prensa, cuya Junta directiva está tan atareada preparando todo lo necesario para que la corrida del domingo (en Madrid), resulte en rendimientos sobre todo.

Si fuéramos a censurar el espectáculo nacional, tendríamos que entregar la pluma al torófo bo maestro Ferreras, y el discurso al abogado barcelonés organizador de mítins contra nuestra gran fiesta; pero como quiera que aquí la caridad lo tapa todo, bueno será recordar á nuestros colegas que el espectáculo puede resultar de un color tan acentuado, que puede lastimar á las familias prudentes que acuden constantemente á los gobiernos civiles para que prohiban el juego, ó eviten por lo menos que los menores de edad puedan ir á tirar de la oreja del famosísimo Jorge.

La Prensa, como es natural, se ha pronunciado contra este vicio social, ha increpado duramente á los gobiernos, y gracias á sus enérgicas campañas, concluyó con los escándalos de las famosas apuestas de los frontones, que en más de una gran ciudad habían conducido á la ruina á jefes de familia, que hasta entonces fueron hombres hacendados, esposos cariñosos y padres de familia consagrados por entero al trabajo honrado y al cuidado de sus hijos.

Recuerdo que la fiesta taurina decinaba visiblemente en Madrid por entonces, porque los aficionados preferían á jugarse el dinero acudir á los toros, y gracias á los trabajos admirables del gran *Guerrita*, y á los derroches de valor de *Maoliyo*, se levantó la decadida fiesta nacional, y gracias también á la enérgica actitud de algunos gobernadores que supieron concluir con el famoso juego de colorados y azules (no hablo de los ruleteros, ¡eh!).

¿No les parece á mis benévolos lectores, que recordarán como yo aquellas ardientes campañas, que existe una notable falta de memoria de los periódicos que con aplauso de la opinión cerraban violentamente contra el vicio, y ahora excitán á los más prudentes y los estimulan á acudir al circo con el estímulo de la apuesta?

—¡Es que esto es una obra de caridad—se me dirá por los pocos reflexivos. ¿Y qué? ¿Se pueden realizar actos reprobados que la moral rechaza y condena el sentido de la ley con pretexto de hacer una obra de caridad?

Buena estará la caridad, el espectáculo y la juega taurófila para el desdichado que, después de pagar su billete, se deja veinte, ó ciento, ó doscientos duros en esas famosas apuestas por el toro que más condiciones de lidia reuna.

¿Con qué autoridad va á poder mañana esa misma Prensa que estimula, que excita en rimbombantes artículos y en ingeniosas reseñas á que se acuda á la plaza á jugarse el dinero, nada más que porque va á favorecer los intereses de la Asociación, á denunciar á la autoridad los lugares donde se asiente el vicio, ni qué autoridad va á tener para dirigir cargos al gobierno y á los gobernadores porque tengan ciertas tolerancias con ese vicio?

Seamos lógicos y seamos justos. El papel de censor y de crítico es muy fácil y muy cómodo; lo que ya es un poquito más difícil y más cuesta arriba, es sacrificarse á la virtud y predicar con el ejemplo.

A nosotros, aficionados, muy aficionados á la fiesta nacional, nos pareció muy mal la corrida organizada el año anterior, como nos merecen censura todos esos espectáculos caritativos para sostener instituciones y asociaciones que deben fundarse en la moral, desenvolverse y crecer mediante el trabajo de todos, y vivir aunque sea modestamente en santa independencia. Pueblo que vive de la caridad, sociedad que para sostenerse tiene que apelar á este recurso, son pueblo y sociedad muertos, porque si la caridad puede ser una virtud de parte de quien la otorga, se trueca en ocasiones en defecto de quien la implora.

Por esto, si la función del año anterior nos pareció muy censurable, la que se celebra este año en Madrid merece toda nuestra reprobación.

Y no decimos más ni de toros, ni de toreros, ni de empresarios; que mediten lo que significa el hecho y que juzgue cada cual: nosotros lo apuntamos, porque acaso algún día será oportuno. ¡Ah! y también vamos á conservar los carteles y boletines de las apuestas y del ganadero afortunado en el gran torneo de los astados en competencia.

A. A.

Nota del día

El ministro de la Guerra, general Weyler, en su reciente viaje á Pamplona, fué objeto de las más entusiastas demostraciones de cariño.

Los arrebataadores extremos de la multitud llegaron á su período álgido cuando, puesto ya el pie en el estribo, el general se despedía del pueblo pamplonés.

Entonces—un periódico lo cuenta—para demostrar su afecto y enterneamiento D. Valeriano, tomó en sus brazos un pequeño hijo del pueblo, y, enseñándole a la multitud, lo besó...

¡Las hienas también tienen su idioma!

Yo quiero creer que el general—¡al fin padre de familia!—no besó á aquel hijo del pueblo navarro como hombre guerrero, como jefe, y jefe esclarecido, de la profesión armada; sino como padre amante, como hombre de corazón, humano, candoroso, tierno... Si fué así, ¡cuánto no sufrirá el hombre cuando ordenó en los campos de la Isla de Cuba la concentración, en la que murieron de hambre tantos niños como aquél que en la estación del ferrocarril de Pamplona levantó amorosamente en sus brazos!

Pero si no fué así; si no fué el hombre ni el padre de familia, sino el guerrero esforzado, el táctico sutil, el matemático calculador que baraja los rebaños de hombres como piezas de ajedrez, el beso en la cara de aquel soldadito en embrión, fué un sarcasmo.

Parecería decir: —¡Qué gordito y saludable está, y qué buen gastador sacaremos de aquí para que lo puedan matar en la primer batallal...

Habéis obrado mal, escritores navarros, al decir que el general Weyler, para demostrar su cariño al pueblo de Pamplona, besó á un niño del pueblo.

Porque, si besó el general, fué la caricia de una hiena á un inocente corderillo.

No. Besó D. Valeriano Weyler, un caballero particular, un padre de familia.

¡Así es como resulta la acción hermosa, sentida y bella!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Los señores, ó señoritos, que en Sevilla están afiliados al rancho ó banderín conservador... han visto claro.

En Sevilla hace falta una buena policía.

¡Ah! ora es cuando hace falta! Cuando ellos, por meterse en todo, se metían hasta en los charcos para sacar propinas; entonces... sobraba con los cuatro camuesos recomendados.

¡Oh, ilustres calabazas! Si no los conociéramos á ustedes, sería cosa de contestarles de otro modo.

Pero lo que más hallado la atención de los señoritos conservadores, no son los escándalos, ni los atropellos, ni las coacciones—¡á ellos qué le van á quitar?—sino... las 20,000 pesetas cobradas por Charfolé.

—Nosotros—se dirán ellos, como si lo oyéramos—que militamos en el partido de los ricos, y apenas hemos podido echarle la vista encima á un Veragua de 1,000 pesetas... ¡y un Charfolé, un advenedizo, un capitán de los descamisados, cobrando 4,000 duros de una vez!... ¡Esto es para desesperarse!—y gritan:—¡Búsquese el origen de ese dinero, y dígame en seguida para que nosotros nos enteremos del sitio en donde está esa fuente!

Si ustedes, como les corresponde por su significación política, se codearan con los grandes señores y con las grandes señoras, los cuales son padrinos del tal Charfolé, y por sus recomendaciones había sido empleado y protegido, tendríais acaso nociones de dónde han podido venir las 20,000 pesetas susodichas.

Pero como no pasáis de la portería de la casa de esos señores y de esas señoras, no podéis estar al tanto de dónde pueden llegar esas cantidades.

Ni de vuestras casas, ni de la mía, han salido.

¡Ni ustedes ni yo necesitamos jurarlo! ¿Por qué no le preguntáis al padre Tarín, á ver si tiene alguna noticia de los centros jesuíticos de Barcelona?

¡Pero qué graciosos me resultan estos señoritos conservadores!

No preguntan por los culpables, no se soliviantan por la intranquilidad, ni siquiera ofrecen costear un *Te-Deum* en acción de gracias, y de desagravio, por el sacrilegio cometido.

¡Únicamente les preocupa las 20,000 pesetas! ¡El origen! ¡La caja de dónde vienen, y por qué vienen!

En cuanto lo digan... ¡ya tenemos anarquistas para ratos!

¡Adios, partido conservador sevillano!

Desde Muni han remitido el siguiente telegrama:

«La Comisión española la tenemos ya salada.

La remesa subsiguiente se espera con grandes ansias.

Que vengan frailes cebados, traigan cruces y medallas.

La carne de esos señores es la que aquí más se paga.»

El diario católico de la plaza dice que...

«las agresiones se contestan con bofetadas, es-tacazos ó tiros, según ellas sean.»

Soy de la misma opinión.

Pero... no se llame usted católico ni cristiano, ni ninguno de esos epítetos que se cuelga á diario para *cobear* á las beatas tontas.

Y le advierto al colega que decir eso y pasarse el Evangelio por donde yo me sé, es lo mismo.

Porque el Evangelio dice:

«Si te dan una bofetada en el carrillo ó en la mejilla izquierda, ponrás la derecha.»

Y el órgano del arzobispado sevillano enmienda la plana y dice:

«Si te dan una botetada en la mejilla derecha, sacas el revólver y le disparas un tiro en la mejilla izquierda.»

Luego es usted un impío de tomo y lomo.

Como yo.

Con la diferencia de que usted engaña á Dios todos los días, y yo no parezco por su casa porque no tengo dinero que llevar.

El Liberal de Sevilla y *El Noticiero Sevillano* andan tirándose chinitas, asegurando los dos colegas, cada uno por su parte, que tiene más suscripciones, y el que más se lee, y el que más corre por toda Sevilla y su provincia.

Ya sabemos que estos dimes y diretes son ardid del reclamo para que caigan anunciantes, y estímulos justificados de las empresas de ambos colegas.

Yo, que quiero á los dos, porque á los dos los he visto nacer en buenos pañales, voy á cortar la cuestión, dejándolos hermanados.

Indudablemente:

Los días pares se lee más *El Liberal*.

Pero en cambio, los días nones se lee más *El Noticiero*.

—¡Protesto!—me gritará *El Liberal*.—¡No hay equidad en el reparto! Los meses que traigan treinta y un días salgo perdiendo.

Bueno; se salva la cuestión del modo siguiente:

El día 31, ambos colegas pondrán á la cabeza una nota que diga, sobre poco más ó menos:

El Liberal:—Léase *El Noticiero Sevillano* de hoy.

El Noticiero:—Léase *El Liberal* de Sevilla de hoy.

Y yo, como cominito, añadiré en mi modesta sección:

—Léanse *El Noticiero* y *El Liberal* del día 31 del corriente.

¡Eal!

Á darse las manos, y aquí nada pasó.

Siga *El Noticiero* con sus funciones de iglesias y sus entradas y salidas de notabilidades caseras, y *El Liberal* con sus *Chismes viejos y nuevos*.

Concluida la cuestión.

En Budapesth, discutiendo en Consejo de ministros, los de Comercio y Hacienda se dieron de puñetazos.

Como nosotros somos imitadores fieles de todas las modas extranjeras, hágase la consiguiente propaganda, ¡á ver si cuaja!

Romanones: te veo en peligro la otra pata condal.

El Sr. D. Francisco Rodríguez Marín ha puesto á la venta un nuevo libro titulado *El Loaysa* de «*El Celoso Extremeño*».

Este cultísimo escritor sevillano, cuya labor y sabiduría asombran, está fuera de toda discusión y de toda crítica. Para nosotros tiene la consagración del talento, y cuando nos tropezamos con él, decimos:

—¡Guarda, Pablo! ¿Quién soy yo para meterme en dibujos?

Por otra parte, yo puedo llamarme con verdad—¿no es así, D. Francisco?—discípulo del Sr. Rodríguez Marín.

Con él, á su lado, teniendo enfrente á don Mariano Casos y Reinos, ese vicio é indomable león de la Prensa sevillana, aprendí.

Y como yo, para mis maestros, no tengo, ni tendré jamás, otra cosa que respeto y veneración, la misión que tengo que cumplir es la siguiente:

¡Cuánto talento habrá encerrado en estas páginas de *El Loaysa*!

Apararé mi sed de conocimientos bebiendo en ellas para admirar una vez más á tan ilustre literato.

Ayer se leyó en cabildo del municipio sevillano la Real orden desestimando el recurso que entabló *Pepitilla* y demás congéneres ornitológicos contra la disposición gubernativa que suspendió un acuerdo del Ayuntamiento contra la Empresa de Tranvías.

No obstante, *Pepitilla* no está contento con la plancha segunda.

Quiere hacer la tercera, llevando el asunto al Consejo de Estado.

Después que dicho Consejo falle cortándole el pico de una vez, entonces, con la librea puesta, se presentará ante el señor á decirle:

—No hemos podido hacer más para vergarnos de los cuatro cuartos que V. S. tuvo que pagar.

Y el señor le contestará despreciativamente: —Está bien... ¡Márchese!

Dice un telegrama de Madrid:

«El señor Donoso de la Campa decía en los pasillos del Senado, que si mañana no lleva el ministro de Marina la lista de los veintinueve escribientes eventuales, nombrados recientemente, los leerá él, para que se vea que entre los escribientes figura un niño de doce años, hijo de un director general.»

Bueno, ¿y qué?

¿Sabe el chico hacer palotes?

¿Sí...?

¡Pues ya escribe!

¡Cuántos cobrarán de la misma manera sin saber leer ni escribir!

Y no lo digo por el ministro.

Porque ese... de letra hace ya tiempo.

CARRASQUILLA.

La venganza es odiosa

Sevilla ha recobrado su aspecto normal; ha vuelto á la vida tranquila y pacífica de siempre. Conjurado el conflicto obrero, y en vías de arreglo la apertura de las fábricas cerradas, precisa obrar con sensatez, para que no renazcan nuevamente odiosidades de los de abajo hacia los de arriba. La benevolencia se impone para los que en un momento de alucinación pudieron haber realizado actos penados por las leyes.

Y además, tengan en cuenta las autoridades que la calumnia se aprovecha siempre de estas revueltas para señalar nombres, realizando venganzas ociosas.

El rumor público asegura que algunos fabricantes proyectan aprovechar el actual estado de cosas, para hacer selección de aquellos obreros que suponen exaltados por los ideales que produjeron las últimas huelgas y trastornos; asegúrase también que La Cartuja y la fábrica de cerillas del Sr. Ramírez abrirán sus puertas, pero á condición de no admitir en aquellos talleres un número bastante ercrido de trabajadores, no porque éstos los sobren en las labores que realizan, sino por suponerles propagandistas del socialismo. Y aunque el rumor público asegura el hecho, dándole por cierto, se nos hace imposible creerlo, porque estas son horas de biarar al obrero paz y concordia, y nunca de ensanchar la zanja de esa odiosidad de clases, en la que tarde ó temprano habrían de caer todos.

El obrero ha visto en la ocasión presente que es peligroso, y jamás puede solucionar ningún problema, seguir *porque sí* las indicaciones que se le hagan por esos predicadores del absurdo, y que antes de poner en práctica un acuerdo, conviene reflexionar si es ó no beneficioso; y como se ha convencido perfectamente de ello, sobran, pues, esas venganzas que á ningún fin práctico conducen.

Del mismo modo que ayer aconsejamos al obrero no obrase á la ligera en estos asuntos de las huelgas, ni se dejase influir por elementos extraños, hoy tenemos que manifestar sería inicuó se aprovoacasen esos fabricantes de la situación excepcional porque atraviesa Sevilla para arrojar de sus talleres á los que allí ganan

honradamente el sustento, como venganza de pasados sucesos.

Abra sus puertas La Cartuja; pero con todos los operarios que antes de cerrarla tenía; y lo mismo decimos de la fábrica del señor Ramírez. Nunca como ahora se presentó ocasión tan favorable para extinguir antiguos enconos, y nunca como ahora podían acortarse con un abrazo de paz las distancias que de algún tiempo á esta parte separan al capital del trabajo.

Esto en cuanto á fabricantes y obreros; que con respecto á los procesos que se tramitan contra los que aparecen como promotores ó complicados en las revueltas últimas, también nos vamos á permitir rogar al Juez instructor que hile delgado, para que no haya que lamentar, sean honrados padres de familias víctimas de la fatalidad. Aquí la policía suele señalar como anarquistas á personas que; si bien son de ideas radicales, abominan tanto como pueda hacerlo el más recalcitrante conservador de los medios reprobables que aquéllos ponen en práctica para destruir la sociedad.

Hay que obrar con cordura: la venganza es y será siempre odiosa.

Guarda, que hacen pupa

Declarado el estado de guerra, retiramos originales preparados, y no cogamos la pluma, porque todavía no ha llegado el momento de sustituirla por otros artefactos más apropiados para el estado de perturbación moral y de desequilibrio social en que nos encontramos.

Desde hoy no volveremos á censurar la conducta del Gobierno, que en visperas de reunión de las Cortes se encuentra con el conflicto de trañeros y jeteros, con los alborotos provocados por el clericalismo; con las manifestaciones y mítines en todas partes, solicitando la supresión del impuesto de consumos, con las huelgas, con el cupo famoso de los 80,000 hombres, con el disgusto del Estado mayor de la marina de guerra, con el conflicto de Marruecos, resuelto á medias; con los cambios por los cielos, con las grandes empresas privilegiadas acaparándolo todo, con la industria que se muere, con la agricultura que, á fuerza de impuestos y de subidas tarifas ferrocarrileras, no produce lo necesario para que el modesto propietario agricultor pueda vivir, á la vez que el bracero agrícola cae exánime de inanición por esos campos de Sargata.

Ya no podemos hablar del régimen. Ya no podemos hablar de nada, sino de cosas indiferentes. No hemos llegado al estado de los colonos del Cabo, pero nos falta poco. Aquí no se fusila á los jefes de batallón y á los capitanes de guerrillas, porque no hay nadie en armas; pero los Maússers hacen su obra de destrucción contra las multitudes indefensas que piden pan, que demandan justicia, que claman porque haya equidad y que supliquen á los gobiernos que atiendan las reclamaciones de un pueblo culto y civilizado que vive en el extremo occidental de Europa.

No se puede tocar ni al régimen ni al Gobierno, ni á las asociaciones religiosas, ni á nada, en fin, que pueda embarazar la marcha rápida á nuestra desventura. Es pecado demandar del Gobierno disminución en los gastos, rebaja en los tributos, equidad en los impuestos, justicia en las contiendas de lo tuyo y lo mío.

No se puede decir nada de esto, porque todo es pecado, porque todo es un crimen, un atentado contra el orden público y contra la tranquilidad de los que quieren dominarnos é imponernos eternamente.

¡De qué hablar! ¡Como llenar este deber diario de comunicarnos con nuestros favorecedores, respondiendo á nuestro convencimiento de que el mal no tiene cura y esto se va, porque no puede sostenerse aun con todos los puntales del estado de guerra, de la suspensión de las garantías, del presidio, del extrañamiento y del garrote!

Pues de nada. Todo lo más que podemos permitirnos, y esto con grandes precauciones, es decir á nuestros lectores que no nos parece tan mal el estado actual de las cosas, porque se observan ciertos fenómenos que hacen concebir la esperanza de que está mucho más próximo el día que lo que crea esos misinos que se empeñan en hacernos vivir en eternas tinieblas, privados de luz y de aire.

Si, esto se va, porque no puede sostenerse, porque no puede vivir, por falta de savia; porque lo ahoga la misma fuerza en que pretende apoyarse.

Esto se va, porque la casi totalidad del pueblo español ha decretado su desaparición. Será cuestión de tiempo, pero el Gobierno está muerto, está perdido, está desahuciado en el concepto público, y al cumplirse el plazo del popular requerimiento vendrá el lanzamiento.

Esto se va, y nosotros hacemos punto para

no incurrir en el disgusto de los que mandan, porque no queremos que nos hagan pupa.

A.

De actualidad

Mañana por la noche habrá consejo para ultimar las modificaciones en los presupuestos corrientes y reducción de gastos.

El acto de los Juegos florales en Zaragoza ha sido brillante.

La flor natural otorgóse al poeta sevillano Lasso de la Vega.

Fué nombrada reina de la fiesta la señorita Luisa Cascajares, sobrina del Cardenal difunto. Ha sido mantenedor el Canónigo Jardiel; discurso elocuente.

El *Imparcial* censura á los conservadores por su oposición al pago á los maestros por el Estado.

Se han circulado invitaciones á los diputados para que asistan con puntualidad á las sesiones.

Villanueva ha manifestado á la reina deseos de que su presupuesto se discuta en Consejo antes de llevarlo á las Cortes.

No quiere discutirlo particularmente con Urzaiz.

En el Congreso Gonzalez contesta á Espada defendiendo la elección de Guinzo.

Intervino Sánchez Guerra. Segofy Maura hacen preguntas á que contestó Teverga.

Bergamín explana una interpelación sobre sucesos de Sevilla, sosteniendo que se trata de una cuestión social.

Censura al gobierno por no resolver las cuestiones social y religiosa, origen de sangrientos sucesos.

Suspéndese el debate. Osmá apoya un voto particular al proyecto suspendiendo la acuñación de plata.

Dicen de Roma que el Papa sufre frecuentes vahídos.

Es infundada la alarma sobre gravedad de su estado.

Continúa pendiente el lance entre Merino y el director del *Pais*.

En el Congreso ha sido comentadísima la entrevista de Veragua con la reina.

Un telegrama del Cabo dice que ayer fueron ejecutados por el delito de rebelión los oficiales boers Breda y Kruger, pariente este último del presidente del Transvaal.

Telegrafían de Budapesth que ayer estallaron gravísimos desórdenes en Debreczin.

Los partidarios del célebre revolucionario Kossuth promovieron un enorme tumulto.

La tropa intervino para restablecer el orden, siendo recibida á pedradas.

Se dieron varias cargas, trabándose un verdadero combate, resultando tres oficiales, varios soldados y ochenta paisanos heridos gravemente y numerosos contusos.

La policía detuvo á centenares de revoltosos. Continúan los desórdenes.

La Cámara industrial de Barcelona telegrafió protestando contra la creación de la dirección de Navegación.

Insístese en que habrá próxima combinación de gobernadores sobre la base del traslado á Barcelona del gobernador de Cádiz, Manzano.

La Comisión de presupuestos del Congreso dictaminó en sentido favorable al proyecto de conversión de la Deuda.

Urzaiz ha transigido en mantener la bonificación de 10 por 100 y que se convierta después del 1.º de Febrero.

Aceba retiró su voto particular.

A Tanger llegó el *Infanta Isabel*, zarpando para Mazagan con pliegos de Ojeda.

El lunes reunirá Moret á los jefes de las minorías para acordar la forma de discutir las actas pendientes.

El *Heraldo* concede importancia política al Consejo de mañana, afirmando que se ahondarán las diferencias existentes en el seno del gobierno.

Todos los partidos proyectan una coalición electoral contra la Unión nacional, en Zaragoza.

La reunión de Romero, Tetuán, López Dominguez y Maura limitóse á un cambio de impresiones.

Continuarán las reuniones.

Villanueva ha declarado que mantendrá el presupuesto sin intransigencia y espera al Consejo de mañana para resolverlo.

El almirante Valcarcel celebró conferencia con Veragua.

Después reuniéronse en el Centro Consultivo Valcarcel y los generales Navarro, Gómez, Morgado y Marengo.

Ha quedado solucionado la huelga de zapateros del Ferrol.

Mañana se abrirán las fábricas.

La tripulación de acorazado inglés *Almirante Magnificent* se ha amotinado, habiendo atrojado al mar las alzas de los cañones.

Faltan detalles.

Es probable que el diputado á Cortes don Melquiades Alvarez explique en el Congreso una interpelación sobre varios extremos del asunto referente á los territorios del Muni.

Ha sido detenido en Sileer-City un individuo llamado Maggio, presunto cómplice en el complot tramado contra Mac-Kinley.

Amor de madre

Tuvo Clara Clark un inmenso pesar cuando perdió á su hijo. La ilustre trágica adoraba locamente á aquella criatura, en la que había concentrado todo el ardor de su privilegiada naturaleza. Por respeto al sér que había llevado en su seno, llegó Clara á reformar su vida, deseosa de convertirse en una madre modelo. El bautismo del pequeño fué para ella una especie de consagración.

No sólo New York, sino también todas las capitales de la América del Norte, conocieron y elogiaron aquel cambio de conducta.

Por tanto, la noticia de aquella muerte, tan bruscamente ocurrida, adquirió en toda la prensa americana la importancia de un suceso verdaderamente extraordinario.

Clara hizo embalsamar á su hijo con arreglo á los procedimientos egipcios, y obtuvo fácilmente la autorización de conservar en su poder el corazón del niño, para el cual construyó un célebre joyero una doble caja de oro y de cristal.

Cuando vió el cadáver en su ataúd, con su cabecita surgiendo de entre los encajes, la actriz estuvo admirable en su desesperación. Arrojadilla ante los despojos del niño, encontró actitudes geniales que no había tenido necesidad de buscar, porque se las inspiraba espontáneamente la horrible situación en que se hallaba.

Al ser retirado el ataúd Clara Clark se levantó, y á los pocos instantes cayó en tierra desmayada, como el mástil de un buque derribado por la tempestad.

Los privilegiados que tuvieron la fortuna de presenciar aquella escena, conservaron el recuerdo de aquel inolvidable espectáculo.

El escultor Smithson halló en aquel momento el tema de su *Andrómaca*, que debía constituir la gloria de su vida y el poeta Hardywill, que observaba atentamente todo cuanto allí ocurría, concibió la primera idea de su *Clitemnestra*, obra que debía hacer de él el príncipe de los trágicos americanos y proporcionarle el honor de ser comparado con Shakespeare.

Después de los funerales, el escultor y el poeta pusieron manos á la obra y no tardaron en germinar los frutos de la muerte del niño.

Clara Clark fué la única que permaneció en la inacción. Cerróse el teatro donde trabajaba, y el público se resignó sin protestar, y hasta se alegró de una privación que le permitía tomar parte en el duelo de su actriz favorita.

Al cabo de una semana abrió sus puertas el teatro; pero Clara no se presentó en escena, pues según se decía por todas partes, la gran trágica había renunciado al arte para siempre.

Sin embargo, Hardywill trabajaba sin descanso en su tragedia, destinando á la acorazada madre el papel maternal de Clitemnestra, y en frecuentes conversaciones procuraba excitar la atención de la actriz en favor de su obra.

—Su propia desdicha es la que me inspira—le decía—y estoy erigiendo un monumento á la memoria de este malogrado niño, á fin de que la posteridad recuerde siempre la desolación inmensa de su infortunada madre.

—¡Gracias, amigo mío, gracias! Pero estoy resuelta á no volverme á presentar en escena, para consagrarme exclusivamente á mi inextinguible dolor.

Clara hablaba con sinceridad; pero el psicólogo sabía perfectamente que las sinceridades se suceden en el alma, y que pueden ser contradictorias, sin ser incompatibles, con tal de que se deje al tiempo el cuidado de reemplazarlas.

Por tanto, el dramaturgo se permitía con-

—¿Puede negar la madre la colaboración de

su arte al monumento que el mío trata de erigir á la angustia maternal? ¡No es posible, amiga mía, no es posible! No debe usted sustraerse al deber que, á un tiempo, le imponen el amor de madre y el ingenio de artista. Es preciso que haga usted por su hijo el sacrificio momentáneo de su egoísmo, sacrificio que será un homenaje del arte á la maternidad.

Trabajaré usted como se ora, porque el lento es un sacerdocio y la obra de arte ascenderá á su cerebro por el circuito de sus nervios, y bajo el velo del llanto iluminábanse los ojos de la sublime trágica.

—¡Ah!—exclamó de pronto Clara.—¡Clitemnestra podía vengarse! Pero yo, ¿de quién he de hacerlo?

—¡De la Providencia!

Esa exclamación proporcionó al poeta la idea de una grandiosa escena en que Clitemnestra amenazara á todo el Olimpo con su cólera maternal.

Desde aquel momento, Clara se interesó por la tragedia y el autor se consideró victorioso.

—De t. da América vendrá á verla á usted—decía Hardywill á la artista—y asociará usted al mundo entero á los funerales de su hijo. El éxito será prodigioso, y después de la primera representación se retirará usted del teatro, legando á su patria una hermosa leyenda: la de una madre que invita á los pueblos á celebrar la memoria de su hijo, y desaparece en seguida para no volver á pisar en su vida la escena.

—Trabajaré—contestó la actriz.

La noticia circuló rápidamente por la capital, y al poco tiempo quedaron vendidas todas las localidades del teatro para la noche del estreno de la tragedia. De todas partes se cruzaban telegramas solicitando palcos y butacas, cuyos precios llegaron á ser fabulosos, y el ingreso total ascendió á ciento veintisiete mil dollars.

Clara Clark estuvo sublime, y ya en el primer acto produjo extraordinaria sensación su admirable trabajo. El público vió que la artista lloraba de veras, y dió rienda suelta á su frenético y delirante entusiasmo.

En el segundo y tercer actos la labor de Clara fué tan superior, que los médicos temieron por la razón de la actriz, y una parte de la concurrencia llegó á sospechar que la representación no pudiese proseguir.

Pero la belleza absoluta, la reproducción de la vida por el genio, la creación verdaderamente divina, fué en el cuarto acto, en las dos escenas desgarradoras del adiós antes de la muerte y de la desesperación de la madre ante el cadáver de su hija.

Clara Clark reprodujo toda la terrible majestad de los minutos vividos y, resucitándolos por medio de la evocación, los sufrió nuevamente ante el público.

Los aplausos fueron estruendosos, y hubo necesidad de retirar del teatro algunas mujeres demayadas.

Después de aquel prodigio, preguntábase la gente lo que podría hacer aquella mujer en el quinto acto.

La misma Clara desconfiaba de sus propias fuerzas y temía el peligro de la escena final, en que debía maldecir y amenazar á los dioses.

Levantóse el telón, y los espectadores se quedaron aterrados cuando se presentó la artista, sostenida por varias mujeres y llevando en sus temblorosos brazos la urna que contenía las cenizas de su Ifigenia.

Dirigióse la actriz al altar y comenzó á declamar pausadamente.

A los pocos momentos irguióse airada para arrojar la urna cineraria contra la estatua de Diana, y la vengadora madre exclamó en la última frase del poema:

—¡Caigan sobre tu rostro, oh diosa cruel, las cenizas de mi hija!

Clara Clark blandía la urna á la altura que sus brazos le permitían; pero la faltaron las fuerzas, y la urna, débilmente lanzada, cayó al suelo á los pies de la estatua y quedó destrozada, mientras la madre se desplomaba de verdad en tierra, sin sentido.

Súpose entonces que la famosa trágica, para inspirarse en un dolor más auténtico, había ocultado en la urna del teatro su cajita de oro y de cristal, y que en aquel momento rodaba por la escena, el corazón de su hijo.

EDMUNDO HARACOURT.